Navidades del 63

José y Lola son una pareja malagueña emigrantes en Cataluña con dos hijas y otro en camino. Su casa humilde de dos estancias está en un pequeño pueblo a sesenta kilómetros de Barcelona, donde trabaja José. Con ellos han ido a vivir Isabel, la hermana de José, y Carmen, la madre, que está enferma. Han disfrutado juntos de la Nochebuena y…

—Lola, me tengo que ir a trabajar.

—Sé que te tienes que ir, pero no quiero que te vayas.

—Cariño, en dos semanas estoy de vuelta. Te aseguro que para Reyes estoy aquí. Y ya no me voy hasta que nazca el niño.

—Es que me da miedo ponerme de parto y que no estés. Aquí me siento muy sola y echo de menos a mi madre y a mis hermanos. Sus risas, sus peleas… ¡Necesito oírlos, que me cuenten mil y una historias! Si por lo menos estuviera en Barcelona, estaríamos todos los días juntos…

—Venga, Lola, aguanta un poco más, que ya pronto terminan el piso ¡y nos podremos ir! ¡Yo también tengo ganas de que estemos todos juntos! Yo también estoy harto de tener que compartir la habitación con el Janas, que no veas cómo le huelen los pies…

—Sí, nuestra casa, ¡por fin! Pero prométeme que para Reyes estás de vuelta.

—Te lo prometo.

—Papá siempre cumple sus promesas. ¿A que sí?

—Claro que sí. ¿Y tú vas a ayudar a mamá?

—Sí, yo también lo prometo. Y voy a cuidar de mi hermana, que es un bebé.

—Ella me ayuda, que es mayor.

—¡Pronto cumplo diez!

—Venga, dame un beso.

—No te olvides de traerme chupachups.

Víspera de Reyes. La gran nevada. Pero, como dice el refrán, "año de nieves, año de bienes".

—¡No para de nevar! Cada vez nieva más.

—Ya está, cariño, no llores.

—Trae, yo termino de darle el biberón y la acuesto, que esta niña está reventaíca.

—Sí, toma.

—Ven aquí con la abuela. No llores tú, princesa. ¡Ay, qué bonita eres! Ea, ea, mi niña.

—Tú tienes que ir acostándote.

—Yo quiero esperar a papá.

—Si tarda mucho, te tienes que acostar.

—¡Mamá, déjame!

—Acuérdate que esta noche vienen los Reyes.

—Ya tendría que haber llegado José.

—Sí, el tren hace rato que debe haber llegado.

—A ver si le ha pasado algo y nosotras aquí, tan tranquilas.

—¡Calla ya, no seas ceniza!

—Hija, es que ya tendría que estar aquí. Y no me extrañaría que el tren esté sin salir, o parado en la mitad de la vía.

—Aunque tenga que venir andando, José no se pierde una noche de Reyes.

—Pero si es posible que pueda llegar. ¡No se ve nada!

—¡Calla ya! Que me tienes...

—Mira, allí se ve algo, ¿no lo ves?

—No, no lo veo. ¿El qué?

—Que sí, fíjate bien.

—Ahí se mueve alguien. ¿Lo ves?

—¡Sí! ¡Madre mía! Ese se muere congelado, con estas nieves y en la calle.

—¡Dios mío! ¡Es él! ¡Es José! ¡Sabía que vendría como fuera! Gracias a Dios, ¡qué miedo tenía!

—Pero ¿qué lleva ese hombre? Eso es un paquete enorme, ¡si no puede con él!

—Voy a ayudarle. Díselo a tu madre.

—Ponte el abrigo.

—Mamá, ya viene tu hijo.

—Ya está dormida. Ay, ¡qué alegría! He rezado a todos los santos. Me estaba temiendo lo peor. ¿Dónde está Lola?

—Ha ido a ayudar a José, que trae una caja muy grande.

—¿Qué? Anda que ya te vale, ¿eh? Tú aquí, tan a gustito, y ella con el barrigón a ayudar a tu hermano.

—Ay, mamá... ¡Con el frío que hace!

—Anda, anda. Me voy para adentro a calentar el puchero. Y ve poniendo la mesa.

—¡José! ¡Ay! ¡Madre mía, estás helado! Pensaba que no llegabas...

—Pero ¿cómo no iba a venir? Aunque fuera a cuatro patas...

—Trae que te ayude.

—¿Qué? ¡No! ¡Cómo vas a cargar tú!

—Sí, entre los dos. Pero ¿qué llevas en la caja, que pesa como un muerto?

—Mmm... Las herramientas, que hay cambio de obra. Me pagan un poco más.

—Así podremos ahorrar más para la entrega del piso. ¡Qué ganas! ¿No habrás comprado nada para Reyes? Que yo ya he hecho unas bufandas y estamos para poco gastar.

—Que no, mujer, que son las herramientas.

—¿Dónde están las mujeres de la casa? ¿Y mis niñas?

—Papá, papá, ¿has traído mi chupachups?

—Un abrazo, ¿no? Mira en el bolsillo mágico.

—¡Sí!

—Ay, hijo mío, dame un abrazo. Si estás helado. Estarás muerto de hambre. Ay, ¡qué alegría verte! Te he hecho un puchero que resucita a un muerto.

—Estaba deseando llegar por comerme ese puchero, que allí nos apañamos muy mal.

—Hijo, si es que no tendrías que haberte ido a esa obra. Si en este pueblo no te faltaba el trabajo…

—Mamá, allí me pagan veinte pesetas más al jornal. Y eso es mucho dinero.

—Ay, hermano, ya sabía yo que tú no ibas a fallar. ¡Venga, que ya está la mesa y se enfría!

—Esta noche hay que acostarse prontito, que, si no, los Reyes pasan de largo.

—¿Tú crees que aquí llegarán los Reyes? ¡Lo mismo pasan de largo!

—Los Reyes no pasan nunca de largo en las casas donde hay niños. Y aquí, menos.

—¡Aunque sea un polvorón!

—Que descanséis.

—Duerme conmigo y te hago cosquillitas.

—Hoy duermo con la tita.

—¡Qué felicidad! ¡Buenas noches!

La noche es tranquila; el sueño, reparador. Poco a poco, el sol empieza a salir y a colarse por las ventanas.

—¿Qué? ¡Pero si es Antonio Molina! ¿De dónde viene esa música?

—¿Eso qué es?

—¿Qué está pasando?

—Pero esto, esto… ¡Madre mía, no puede ser! ¿De dónde la has sacado? Pero si es una radio. ¡Una radio! ¡No me lo puedo creer! ¡Dios mío, esto es un sueño!

—¡Esa era la caja! Porque… ¿qué dineral te habrás gastado?

—Los Reyes, mujer, los Reyes…

—¡Cállate! Ay, hija de mi vida, disfruta… Y los Reyes nos han traído el mejor regalo.

En el día más importante para todos los niños españoles, no hay hogar en que los Reyes Magos no hayan dejado un juguete. Gracias a la campaña "Un niño, un juguete", patrocinada por Caldo Gallina Blanca. Ningún hogar sin Caldo Gallina Blanca.
Júralo por ella, Ama Rosa.

—Mamá, ¿también oiremos Matilde, Perico y Periquín?

—Sí, claro. Estos Reyes no los olvidaremos nunca. No podría haber mejor regalo.

—El mejor va a ser el niño.

—O la niña.

—¡Lo que sea! Lola, ahora ya tienes quien te cante y quien te cuente historias, que esta tiene muchas más historias que tu familia.

—¡Qué bien! ¡Yupi!